

# XIX Promoción de ayudantes de especialista

SANTIAGO FERNÁNDEZ RAMÓN

En febrero de 1937, con objeto de capacitar especialistas mecánicos, radioteleoperadores, armeros, etc), se crean las Escuelas de Especialistas, embrión de la actual Academia Básica del Aire. Tuvieron un papel clave en la formación de mecánicos que desarrollaron su labor en las unidades del EA, en compañías aéreas y en fábricas de aviones.

En febrero de 1937 «con objeto de capacitar especialistas, (mecánicos, radiotelegrafistas, armeros, etc.) se crea las Escuelas de Especialistas de Aviación», una de ellas se situó en Málaga.

Inicialmente, al menos se crearon dos, una la ciudad de Málaga y otra en el aeródromo de Tetuán, siendo la Escuela de Málaga la que continuó, después de 1939, formando los especialistas del Ejército del Aire, mecánicos, armeros y montadores.

Con objeto de mejorar las instalaciones de la escuela, así como de la formación de los especialistas, se traslada al aeródromo de León en el año 1950. Hasta 1953 los ingresados en la Escuela recibían el título de especialista al completar su periodo de enseñanza.

A partir del año 1953, los alumnos que ingresaban en la escuela finalizaban su aprendizaje como ayudantes de especialista y, después de un periodo de tiempo de trabajo en las distintas unidades del Ejército del Aire volvían para completar el curso de especialista.

La XIX Promoción de ayudantes de especialista se incorporó a la escuela de León en noviembre de 1957.

Uno de los alumnos que formaron parte de dicha promoción recordaba aquellos tiempos.

«A principios de noviembre de 1957 recibí una carta de la Escuela de Especialistas citándome para la realización del examen de ingreso en la escuela. Me adjuntaban un es-



crito para recoger el billete de tren para el viaje.

El tren salía de la estación Príncipe Pío por la noche a las 23:15 y llegaba a León, después de ocho horas de viaje con tres paradas intermedias a las 7:15 de la mañana.

Llegamos, los aspirantes al ingreso en la Escuela, posiblemente más

de un centenar, antes del amanecer y con el frío que en esa época es típico de León.

Teniendo en cuenta que muchos de nosotros no teníamos más de 16 años, edad mínima requerida para el ingreso en la escuela, caminamos todos como un rebaño de ovejas, ataridos de frío y en medio de la oscuridad siguiendo a los que al parecer sabían a donde debíamos dirigirnos.

Llegamos a las cocheras del Ejército del Aire y allí nos subimos a unos camiones que nos llevaron hasta la escuela.

Después de un breve descanso, procedimos directamente a examinarnos y, una vez completado el examen, esperamos con expectación la lista de los aprobados.

No recuerdo bien si las listas se colocaron después de comer en el comedor de alumnos, lo que es cierto es que a los aprobados nos llevaron a la escuadrilla en donde debíamos incorporarnos y los suspensos regresaron esa misma tarde a sus domicilios.

Creo recordar que fueron tres días de exámenes hasta completar el total de alumnos de la promoción. El número de admitidos debía rondar alrededor del 10% de los presentados. En la XIX pro-



Grupo de alumnos con el motor Pratt & Whitney R-1340 Wasp. (Imagen del autor)

moción debimos ser unos 100 y fuimos asignados a la 3.ª Escuadrilla de Alumnos.

Los alumnos no compartíamos con los soldados de reemplazo ni dormitorios ni comedor, solamente nos dedicábamos a los estudios y a la vigilancia y limpieza de nuestros dormitorios.

La escuela estaba formada por cuatro escuadrillas de alumnos y en cada una se alojaban dos promociones, por lo que en aquel momento debíamos ser aproximadamente 800 alumnos.

Pasamos el reconocimiento médico reglamentario y se nos entregó el vestuario correspondiente a

los soldados, con la particularidad de unos cordones verdes, para utilizar con el uniforme de paseo, y que nos identificaban como alumnos de la escuela.

En aquella época hubo una epidemia de paperas, lo que dio lugar a que uno de los recién ingresados, antes de filiarlo, se encontró mal y se dirigió a la enfermería en donde le dieron de baja y lo enviaron a una pequeña sección que hacía las veces de hospital. Por causas desconocidas no dieron parte de esta circunstancia y al no comparecer en los recuentos diarios, comenzaron a buscarlo llegando a dar orden a la Guardia Civil de su pueblo para que fuera a su domicilio con orden de arrestarlo. Naturalmente no lo encontraron y, cuando estaban a punto de declararlo prófugo, fue dado de alta y se presentó en la escuadrilla todavía con su ropa de paisano.

Durante la estancia en la escuela se nos entregaban mensualmente 15 pesetas conocidas como «sobras» y que debía corresponder a lo que sobraba de la asignación que el Ejército pasaba a la escuela para nuestro mantenimiento. De todas formas, casi nunca nos correspondían las 15 pesetas, puesto que de ellas había que deducir la reparación de los desperfectos causados en nuestro alojamiento (siempre había que reponer un cristal del dormitorio que se había roto).

Comenzamos los estudios divididos en secciones de unos 30 alumnos con uno de nosotros como jefe de clase. Cada una de las secciones se formaba por orden alfabético de apellidos, por lo que durante todo el curso teníamos los mismos compañeros lo que llevaba a formar fuertes lazos de amistad.

En los primeros tres meses se nos dio formación militar como una clase más dentro del programa de estudios y juramos bandera con toda solemnidad al mes siguiente a nuestro ingreso.



Componentes de uno de los grupos en los que se dividían los alumnos para las distintas clases

En la escuela se establecía que el día se dividía en tres partes: ocho horas de trabajo, ocho horas de descanso y ocho horas de sueño. Todas las clases se efectuaban por la mañana, clases de 50 minutos con 10 minutos de descanso entre cada una de ellas, aunque a media mañana el descanso era de 20 minutos para poder tomar un bocadillo.

En las tardes, dos horas después de la comida, se desarrollaban distintos trabajos, pasábamos por las aulas para estudiar, un día a la semana practicábamos deportes y los jueves hacíamos instrucción que terminaba con un desfile delante de las autoridades de la escuela y que era animado por la banda de música. Todas las tardes formábamos en la plaza de armas para la ceremonia de arriado de bandera.

Los sábados por la tarde teníamos conferencias en el salón de actos para completar nuestra formación y los domingos asistíamos a misa amenizada también por la banda de

música de la escuela, con buen tiempo en el patio de armas y en invierno dentro de uno de los hangares.

El toque de diana era a las siete de la mañana, una hora para el



Éramos tan jóvenes. (Imagen del autor)

aseo personal y dejar la sala en donde dormíamos en perfecto estado de revista.

El desayuno consistía en sopas de ajo que nos sabían riquísimas y, sobre todo calientes, para combatir el frío de León.

Después del desayuno, había clases, teóricas y prácticas, hasta la hora de la comida.

El plan de estudio estaba dividido en dos partes, una básica, de ocho meses de duración con cuatro fases de dos meses y en la que practicábamos materias como forja, soldadura, chapistería, calderería, ajuste, etc. Además de clases de matemáticas, física, electricidad, aerodinámica, instalaciones eléctricas, etc.

Los alumnos que trabajaban en las clases de forja eran fácilmente reconocibles porque siempre tenían el uniforme tiznado del humo de la fragua.

La segunda parte, fundamental, tenía una duración de seis meses dividida en tres fases bimensuales. Estaba dedicada al conocimiento

del avión y sus sistemas: motores, (de émbolo y de reacción), combustible, hidráulica, instrumentos etc. Teníamos unos medios inmejorables gracias a la cantidad de material facilitado por los Estados Unidos, cuyo sistema de enseñanza era el que practicábamos.

Si algún alumno suspendía una de las fases, por una sola vez, podía incorporarse a la promoción siguiente. Si volvía a suspender se le daba de baja.

Los soldados de reemplazo eran los encargados del servicio de la base en donde se encuadraba la escuela. Nosotros, como soldados alumnos, solamente nos encargábamos del servicio de cuartel y de imaginaria en nuestros dormitorios.

Las vacaciones se correspondían con las vacaciones escolares, en Semana Santa, verano y Navidad.

Se nos proporcionaban los billetes de tren de ida y vuelta para el desplazamiento a casa. Huelga decir que todos los que nos dirigíamos al

sur de León, ocupábamos el mismo tren e íbamos abarrotados durante todo el viaje, que era largo.

Una vez al año hacíamos unas mini maniobras desplazándonos al Ferral, un campamento del Ejército de Tierra que estaba a unos 10 kilómetros de distancia y que recorríamos a pie, ida y vuelta. Allí practicábamos asaltos a una cota determinada y efectuábamos prácticas de tiro real con el máuser, fusil reglamentario en aquellos tiempos.

Fue pasando el tiempo y algunos compañeros dejaron la escuela por diversas causas mientras que los demás continuábamos con aprovechamiento.

En la escuela se formaban ayudantes de especialista de mantenimiento de avión y mantenimiento de armamento. De la XIX Promoción salieron 42 ayudantes de mantenimiento de avión y siete ayudantes de armamento, aunque por diversas circunstancias, al menos 15 de los ingresados en esta promoción se incorporaron a la siguiente.

En el mes de abril de 1959, y después de ascender a soldados de primera, dejamos la escuela. Cada uno de nosotros continuó su servicio en las unidades en donde se ofrecían plazas. La elección se hacía individualmente por el número en que quedabas encuadrado en la promoción.

No todos los integrantes de la XIX continuaron la carrera militar, una parte numerosa dejó el Ejército después de completar sus cuatro años de compromiso y pasó a la vida civil, unos a compañías aéreas, a fábricas de aviones o de motores y otros a distintos trabajos para los cuales estaban perfectamente capacitados gracias a los conocimientos adquiridos en la Escuela de Especialistas.

Conclusión: «Llegamos a la escuela siendo prácticamente unos niños y cuando abandonamos el Ejército del Aire, después de cuatro años, éramos unos hombres con formación moral y profesional». ■



Desfile en la escuela, al mando el capitán Duque. (Imagen: Archivo del Ejército del Aire y del Espacio)